

y con ellos los momentos mas queridos, mas amados, íntimos, entrelazados en tropel retornarán.

Ya el asilo solitario miran mis ojos ardientes; mis penas inclementes huyan fuera del dintel; cual náufrago temerario que al bravo mar se arroja, del vestido se despoja en un escollo cruel.

Mariano Estéban de Góngora.

DUMOURRIEZ.

III.

A la pálida luz de una lámpara moribunda se hallaba Emilia orando en las altas horas de la noche; á su lado habia un papel mojado de lágrimas, cualquiera pudiera, á pesar de la semi-oscuridad que reinaba, haber distinguido estas líneas:

«Es tanto mas acertada la resolucion que habeis tomado, cuanto que vuestro amante, mi ingrato hijo, recibe los halagos de una cortesana inmoral que le cautiva enteramente.»

Gruesas lágrimas corrian por sus mejillas é incierta entre el temor y la esperanza, no hacia mas que inclinar la cabeza á otro billete mas lisonjero, concebido en estos términos:

«Acabo de llegar á este punto, desterrado por el rey. Si queda en vuestro corazon un resto de nuestro antiguo amor, esperadme á las doce en el jardin. Grandes cosas tengo que comunicaros...»

Por último, triunfó el amor en su corazon y se dirigió hacia el jardin.

Estaba la noche oscura, como apetece los amantes. Emilia triste, esperaba con inquietud al suyo; su rigida virtud cedió en aquellos momentos al amor....

No tardó mucho en presentarse á su vista un hombre que atrevido habia escalado las tapias del jardin.

—Me habeis olvidado, prima mia, le dijo. Por fin, la malevolencia ha conseguido destruir en vuestro corazon mi amor....

—La malevolencia... decid mas bien vuestra ingratitud, vuestra inconstancia. Yo debiera haberos olvidado, como sospechais. Os habeis portado como esos hombres vulgares que á todas profesan amor y á todas acarician. ¿Pensais acaso que el ruido de vuestros desórdenes no han penetrado las sombrías bóvedas de este monasterio? Os equivocais. No habeis cuidado de ocultar vuestro loco amor por esa cortesana.

—Emilia, no sabeis lo que he padecido despues de nuestra separacion. A los pocos momentos tomé un fuerte veneno para concluir mi existencia; ¡tanto os queria! La amistad me volvió á la vida. Sentia en mi corazon una necesidad de olvidar con los placeres el amor que me devoraba: me lancé de orgía en orgía; tropecé con esa cortesana, y ni sus frias caricias han sido bastantes á apagar la pasion que me devoraba porque eran de hielo y me destrozaban el corazon. La abandoné. Lancéme de nuevo á la Europa. la libertad con sus brillantes atavíos alzaba la cabeza en Polonia: púseme á la cabeza de ella, he hecho cuantos esfuerzos han sido imaginables, ha triunfado, empero, el despotismo, y aquí me tenéis solo y desterrado, imploro un resto de vuestro amor.

Ahora mas que nunca necesito de él. Si me recibis en vuestros brazos, tal vez lucirán dias de felicidad para mí tras de tanto penar y desventura. Venid conmigo, abandonad estos lugares que solo pueden ocuparlas aquellas almas en que no ha penetrado el ruido de las pasiones. Todavía puedo consagraros mi corazon.

Pues bien, os seguiré. Escrito está que el hombre abandone á su padre y madre por la persona á quien ame. La soledad del claustro no satisface la ansiedad de mi pecho. Seré vuestra esposa.

Al punto Dumourriez, nuestro héroe, marchó con su prima, con quien al momento se enlazó. Hizo despues el brillante papel que todos sabemos en la revolucion que se preparaba. Su historia

pertenece á sucesos tan recientes, está al alcance de todos, solo su amor nos ha parecido digno de los atavíos de la novela.

Francisco Ledesma.

MUERTE DE PABLO III.

I.

Ya veis que la paz del imperio se compromete con la conducta del emperador. El estrépito de la revolucion de Francia ha conmovido todas las naciones, nunca mas que ahora el jefe de un estado como este, necesita de tino y prudencia.

—Demasiado lo conozco, contestó un jóven, en cuyo semblante se retrataba la mas triste melancolía.

—Pues bien, si lo conoceis, replicó el primero, en cuyos demanes se retrataban el valor y hábito de mandar, si lo conoceis, tambien os hareis cargo de que es preciso que esto tenga un término. He querido antes consultarlo con vos, como mas inmediatamente interesado en ello. No podeis ignorar que hace mucho tiempo que este imperio representa ante las demas naciones un papel ridiculo y hasta degradante, contando, como cuenta, con poderosos ejércitos, con generales espertos y valientes, con inmensos recursos, no puede quedar entregado al capricho tal vez de un....

—Pues bien, proponed lo que os parezca mas necesario; replicó el jóven haciendo un esfuerzo sobre sí mismo en atencion á las poderosas razones que su interlocutor le proponia. ¿Quién mejor que vos, continuó, puede hacer lo que parezca mas conveniente? Sois el principal jefe del ejército, gobernador de Petersburgo y director de la policia; la tranquilidad del imperio está por consiguiente en vuestras manos.

—Es preciso, señor, aunque doloroso, que vos ascendais al trono. En la situacion que se hallan las cosas es el único remedio...

Involuntariamente las lágrimas se agolparon á los ojos del mas jóven.

—Señor, continuó el otro, ahogad en vuestro corazon tales sentimientos: llamado á reinar en una gran nacion, antes que todo debeis mirar por el bien del estado: afortunadamente estamos solos: esos son sentimientos pasajeros, que la brillantez y esplendor del trono bien pronto disiparán...

—Bien: replicó, dominado de la mas profunda melancolía, disponded cuanto creais conveniente al bien del Estado.

Oigamos lo que á poco conversaba el primero de los interlocutores con los principales jefes de su guardia, y nos impondremos de sus intenciones y deseos.

Apenas la noche habia entendido sus melancólicas sombras, en una estancia débilmente iluminada por una pálida luz, se veian tres hombres de figuras imponentes y sombrías.

—¿Está todo bien dispuesto? les dijo el que parecia jefe de ellos.

—Descuidad, señor, replicaron.

—Cuidado no erreis el golpe... Sabed que la paz del imperio se halla en vuestras manos; es necesario que seais prontos y acertados en el golpe...

—Señor, cuidad de que yo me halle protegido por los demas.—Todas las disposiciones las tengo tomadas de antemano.

—Vos, dijo dirigiéndose al otro circunstante, cuidareis de las guardias que han de colocarse en los aposentos del palacio: de que reine el mayor orden, y de que nada cuanto se ejecute se trasluzca. Mañana mismo ha de quedar coronado el nuevo emperador. La hora se acerca, señores, y es preciso obrar.

III.
... milia en un estado no muy sano. Hace algun tiempo que...

Todo yacia á la sazón en quietud en el real palacio. El emperador de una nacion tan poderosa, estaba sumido á la sazón en el mas profundo sueño. Tal vez en él se figuraba que su dilatado dominio se estenderia por todo el mundo y sus planes ambiciosos no tenian fin ni término. Despertó asombrado al estrepitoso rumor de las armas, que iban á hundir su trono...

—Señor, le dijo, uno de ellos con la espada desembainada, presentándole con la otra mano un papel, ved aquí vuestra acta de abdicacion, firmadla inmediatamente.